

Las revoluciones sociales

Con Francisco de Asís; con Carlos Marx

Prof. Ing. Antonio Santacruz.

En dos cuadros vivos he de presentar a mis lectores, los más importantes aspectos de lo que ha venido llamándose: "**Las revoluciones sociales**". La lección que hemos de sacar ha de convertirse en un programa práctico de intensa acción social, de intenso apostolado.

I

CON FRANCISCO ASÍS.

Corría el año 1201 y en la encantadora ciudad de Asís se libraba encarnizada batalla. Perusa triunfó en aquel histórico encuentro llenando sus cárceles con los soldados vencidos. Entre ellos había muchos nobles de las casas de Asís que por espacio de un año sufrieron la humillación y el castigo del encierro.

Entre los prisioneros había un joven que no parecía sentir el peso de los grillos. ¿Cómo puedes tú—le decían— cantar en la dura prueba del hambre sin sentir la humillación de la derrota, y la amenaza de la peste? Y él sencillamente respondía: "Amigos míos, os compadezco... vosotros me véis cargado de cadenas, pero vendrá un tiempo en que me veréis honrado por todo el mundo".

Aquel prisionero impetuoso que de esta suerte se adelantaba al porvenir era el hijo del mercader italiano Pedro Bernardone y llevaba por nombre Francisco. Y aquel prisionero ha vencido, efectivamente, al tiempo y a la muerte; la historia ha recogido su voz, su nombre se agranda de siglo en siglo, y su presencia, como un árbol gigantesco eternamente en flor, marca las más puras rutas de la gracia, de la poesía y de la luz del Evangelio.

Francisco revolucionó su siglo y marcó rumbos nuevos, a las costumbres, a la piedad, a la vida y a las artes de los pueblos, obligando así

al propio Renán a decir de él: "Después del advenimiento del Cristianismo, el Franciscanismo es la más grande obra popular que recuerda la historia".

Cerca de Asís se levantaba la Iglesia de San Damián. En el Altar Mayor pendía un Cristo de estilo Bizantino. —Una tarde— de aquella imagen de mirada tan misteriosa y honda salió una voz que le dijo: FRANCISCO, VE Y REPARA MI CASA, y el santo obedeció sin inmutarse. Continuamente debió resonar en sus oídos la orden de Cristo: ¡Francisco, ve y repara mi casa!

Los muros derruidos de la Iglesia de San Damián adquirieron necesariamente para el corazón de Francisco la simbolización de otras ruinas más universales que él estaba llamado a reparar.

Desde el valle solitario en donde el pobrísimo templo se levantaba, debió contemplar Francisco hacia la ciudad de Asís y hacia otras ciudades más de la Italia dividida; hacia el mundo entero sometido a una noche prolongada largamente, y en todas partes miró el mismo espectáculo desolador de guerras, matanzas, odios, miserias y tiranías. Francisco comprendió, con la limpidez y seguridad de los escogidos: que lo, ABATIDO, QUE LO RUINOSO ERA LA PERSONA HUMANA SIN EL GOZO DE SU PLENA LIBERTAD, POR CUYA RESTAURACION DEBIAN LUCHAR, SUFRIR Y MORIR.

En tiempos de SAN FRANCISCO.

Muerto Federico Barba Roja el Imperio perdió autoridad. Los señores feudales le estaban combatiendo encarnizadamente en Alemania y en Italia... y una nueva realidad social y política se abría paso entre el Imperio y la Iglesia: LA COMUNA. Efectivamente, la comuna parecía concentrar las voluntades para un bien común universal. Aparentemente era todo el pueblo quien marchaba resueltamente para recobrar su libertad económica, su liberación cultural y política.

Francisco advirtió que aquellas fuerzas sociales decentradas o en plena lucha deberían propiciar el advenimiento de una nueva era popular de mayor justicia, de igualdad, de fraternidad de clases. Y se puso al lado del pueblo y de la Iglesia contra el señor feudal y sus secuaces que abusaban del poder y que fácilmente se sometían a las riquezas.

Francisco se convenció entonces de que era necesario realizar una revolución social para llegar a dar a cada hombre una porción de dicha. Pero también comprendió que toda revolución, verdadera y profunda, sólo se lograría anteponiendo la reforma interior del individuo, por la santificación personal, por la penetración cristiana de las instituciones sociales. Si Francisco quería salvar al pueblo, a los demás, y cambiar así el curso de la historia, debería comenzar por salvarse a sí mismo y dar un viraje fundamental en el camino de sus días, apartándose definitivamente de su vida anterior.

Al vencerse a sí mismo, Francisco dió al mundo una lección de heroísmo interior para quienes sólo creían en la heroicidad de las armas; dió una lección de pobreza para los que sólo amaban el oro y el laurel; dió una lección de trabajo para los que sólo creían en la nobleza de las cunas

• de las armas, y dió una lección de alegría vital y generosa para quienes veían al mundo deforme y consideraban al cuerpo humano como simple aliado del demonio.

La reivindicación en la función social de la riqueza.

Hay un hecho bellísimo en la vida de San Francisco que define mejor que nada el sacudimiento social operado por el ideal de la pobreza defendido y exaltado por él.

Francisco sacaba magníficos tapices y hermosos encajes del rico almacén de su padre, los vendía luego, y el producto de dicha venta era totalmente repartido entre los pobres.

Pedro Bernardone, su padre, se alarmó con tales acciones, a él le hubiera parecido muy natural que su hijo, a la par que los demás jóvenes nobles de la ciudad, despilfarrara el dinero en fiestas galantes y aún poco honestas; pero no podía comprender el entusiasmo de su hijo por dar todo cuanto a sus manos llegaba y por repartirlo todo entre los necesitados de los alrededores de Asís. Por esa razón, después de reprenderle, azotarle y castigarle duramente, resolvió desheredarlo y hacer público el hecho de que su hijo le deshonoraba y le robaba. Y así en el mes de abril del año 1202, en la plaza pública de Asís, delante de su propia madre y en presencia del Obispo, Francisco escucha la acusación de su padre, quien le insta a devolverle cuantos tapetes y encajes había "robado". Y Francisco, rápido como la luz, se despoja de todas sus vestiduras y se queda sólo con un áspero cilicio, y grita ante el pueblo allí reunido: "Padre nuestro que estás en los cielos, a Ti entrego mis tesoros, en Ti fundo mis esperanzas".

Francisco dejaba allí, no solamente la fortuna paterna, sus vestidos, sino que renunciaba también al propio nombre. Más, no es éste solamente un admirable gesto de amor a la pobreza, sino más bien un deseo de jerarquizar la riqueza. Si Pedro Bernardone había acusado a su hijo de utilizar su riqueza para darle indebidamente a los pobres y menesterosos, Francisco entendía estar ejercitando un derecho y una obligación cuando llevaba algo de lo mucho superfluo que había en la casa paterna a los hogares miserables de las personas necesitadas. Y por esa razón Francisco respondía mentalmente a su padre: eres tú que amontonas indebidamente las preciosas telas habiendo frío y hambre en las casas vecinas; quien no cumple sus obligaciones; eres tú quien perjudica al pueblo y trastorna los planes de Dios, porque las riquezas te han sido dadas únicamente para que las administres conforme a los planes de Dios, y no para tu provecho y el de tus hijos.

Así, todas las reivindicaciones cristianas por las cuales lucha el proletariado en nuestros días y que tuvieron bastante amplia realización en la Edad Media nacen de este principio defendido heroicamente por Francisco: **LA RIQUEZA TIENE UNA FUNCION SOCIAL QUE CUMPLIR**, y el rico que no pone su fortuna al servicio de la comunidad está alterando el orden humano y divino de la creación.

La jerarquización de la PROPIEDAD.

Con el ideal de pobreza en el fondo Francisco atacó el mal uso de la riqueza y sobre todo jerarquizó el sentido de la propiedad privada. Con su desprendimiento total de los bienes terrenos, dió por igual a pobres y rico un ejemplo de perfección aprendido en el Evangelio, y con ello logró armonizar a las dos clases en lucha haciendo que los ricos fueran menos ricos y los pobres fueran menos pobres por la práctica mutua de la justicia y de la caridad. Francisco aspiraba a la eliminación de los privilegios y a una verdadera igualdad, libertad y fraternidad de clases. Por esto trató de elevar la condición de hombre en la sociedad en que debería actuar, dándole primeramente un claro sentido de lo sobrenatural y en seguida combatiendo un falso concepto de la propiedad y de la riqueza, exaltando la sublimidad espiritual del trabajo.

La grandeza del trabajo.

El feudalismo en tiempos de Francisco peleaba doblemente, ya contra la Iglesia Católica que pretendía frenarlo en sus excesos, ya contra el pueblo que exigía de él completa justicia y la abolición de privilegios. Por ese motivo su mensaje fué éste: todos los hombres son iguales por su origen, por sus derechos naturales y por derecho divino, por su misión en la vida, por su destino sobrenatural. Pero esta unidad perfecta sólo ha de lograrla el amor; y los verdaderos privilegios solamente se conquistan con la virtud, el talento y el trabajo.

Cuando los obreros y campesinos de Asís, vieron que Francisco y sus hermanos se acercaban a ellos para compartir las penas del duro trabajo, comprendieron que en ellos venía el mensaje de Cristo Carpintero y que el trabajo no era sólo una penitencia, sino gozo íntimo y arma pacífica de la cual harían sus futuras conquistas sociales, despojando así a la nobleza de los privilegios abusivos de que antes gozaba y conquistando para el proletariado del futuro la unanimidad del progreso, de la cultura y de la libertad, herencia que habría de dejar a las edades futuras.

Resulta ser San Francisco de Asís el revolucionario, el obrero anónimo autor de las mejores conquistas sociales de que gozamos hoy, y el gran "líder" que supo arrastrar enormes multitudes que definitivamente abrazaron el franciscanismo. Y así, el problema social se suavizó considerablemente y el hombre fué más feliz.

—II—

CON CARLOS MARX.

Un día, después de mil luchas, desórdenes y venganzas y odios las masas obreras desorganizadas se encontraron frente a un maquinismo creciente, completamente solas y abandonadas por culpa —de un absurdo liberalismo que perversamente les ofreciera—eliminando a Dios—la libertad, la igualdad y la fraternidad. Y entonces el mundo, asombrado, escuchó por primera vez en la historia el grito revolucionario que ha sonado frecuentemente en nuestros propios oídos: ¡Proletarios de todos los países uníos! Y el llamado fué tan vigoroso que muy pronto logró convertirse en bandera de un numeroso proletario mundial cuya principal meta

ha sido el tratar de destruir, a cualquier precio, la religión católica y las otras religiones. Y el grito de guerra de ese poderoso ejército bolchevique sigue siendo el mismo que Lenin se empeñó en imbuirle tenazmente: "la religión es el opio de los pueblos".

El manifiesto comunista.

Con algo más de un centenar de años de vida el manifiesto comunista ha logrado hoy certeras victorias, pues viene transformando el régimen y la estructura social de muchos pueblos que cuentan con varios cientos de millones de almas; ha penetrado prácticamente en todos los países del mundo y ha logrado poner en jaque a los diplomáticos y a los ejércitos de las naciones más poderosas, pretendiendo aún llegar a conformar al universo entero a sus principios, a sus ideales y a su técnica de acero. Este es un hecho real que todos vivimos angustiosamente hoy.

El manifiesto tal como lo conocemos fué originalmente presentado a los trabajadores en un pequeñísimo folleto elaborado por Carlos Marx y Federico Engels a fines de 1847 y principios de 1848, folletito que vió la luz en Londres en febrero de 1848, con no más de cincuenta páginas. Este folletito representa la manifestación clara y precisa de una voluntad resuelta, decidida a arrastrar tras de sí a las masas proletarias que un absurdo régimen liberal empobreció y fermentó; opúsculo insignificante que ha sido ya traducido a muchísimas lenguas y dialectos y que ha sido distribuido por millones de ejemplares por todas partes.

El manifiesto del partido comunista, desde entonces, ha sido un programa revolucionario de acción proletaria que ha dado vida durante más de cien años a múltiples y variadas organizaciones rojas en todas las naciones.

Un manual revolucionario.

La idea central, la que inspira el manifiesto desde el principio hasta el fin, es la negación de toda realidad superior a la del mundo sensible, la negación de Dios, el materialismo sin restricción alguna. El contenido del manifiesto sin dejar lugar a duda, es la inspiración diabólica, puesto que comprende una serie de ideas destructoras que podríamos resumir como sigue:

a)—Materialista es la concepción de la historia la que considera como una simple guerra entre opresores y oprimidos; materialista es su concepción del hombre cuyo trabajo—afirma el manifiesto—es una sencilla mercancía; materialista es su concepción del matrimonio y de la familia, ideas que considera anticuadas y que deben desaparecer, cuando menos cambiándoles la forma cristiana que tienen hoy; materialista su apreciación de la justicia, de la libertad y de toda verdad religiosa.

b)—Sobre este fondo materialista y ateo dos ideas principales sostiene el manifiesto: una lucha de clases implacable y la desaparición de la propiedad privada. La lucha de clases llevada al extremo más agudo, a la revolución proletaria mediante la organización de agrupaciones obreras cada día más numerosas, más fuertes, más agitadoras, más audaces,

más agresivas. Lucha exterminadora de la clase llamada burguesa hasta llegar a la integración de la sociedad con una única clase, la clase proletaria revolucionaria.

La revolución proletaria deberá abolir la propiedad privada, que—según el manifiesto ha sido el arma de opresión empleada por la clase burguesa. La revolución proletaria deberá destruir la familia constituida sobre bases cristianas. La revolución destruirá la patria, pues el manifiesto afirma que los obreros no tienen una patria. La revolución comunista es la ruptura total con la religión. Con toda razón podemos afirmar ahora que el manifiesto comunista es un manual revolucionario para preparar y llevar a la práctica el gran incendio del mundo.

Cuatro capítulos forman esta gran conspiración: el primero se titula “Burguesía y Proletariado” que se dedica a fomentar la lucha de clases; el segundo “Proletarios y Comunistas” expone las teorías comunistas sobre la propiedad privada y su criterio sobre otras instituciones sociales; el tercero “Literatura Socialista y Comunista” presenta los sistemas sociales de la época, condenándolos todos sin excepción; y el cuarto, “Posición de los comunistas frente a los diversos partidos de Oposición” contiene algunas directivas prácticas sobre la actividad comunista en Francia, en Alemania, en Suiza, en Polonia, etc.

El marxismo del manifiesto de 1848 no es en sí todo el marxismo, pero sí contiene en germen las principales ideas rojas revolucionarias esparcidas hoy por todo el Universo, así como los principales elementos de la economía política marxista.

Posteriormente Marx y Engels precisaron un poco más sus ideas y fueron Lenin, Trotsky y Stalin quienes se encargaron de llevarlas a la práctica en forma increíblemente cruel.

La doctrina marxista ha sido expresa y reiteradamente condenada por la Iglesia, basta leer y estudiar cuidadosamente la gran encíclica de S. S. el Papa Pío XI sobre el Comunismo Ateo, para aquilatar el peligro rojo.

—III—

LA UNICA SOLUCION.

El mundo actual, tan contaminado por el materialismo ateo revolucionario en plena crisis—como jamás había vivido—busca, en medio del caos, una barquilla salvadora, y es esta la gran oportunidad para los católicos, puesto que unidos fuertemente podemos dar la batalla al comunismo ateo y revolucionario, ofreciendo así una ocasión única al mundo moderno para volver al programa franciscano de paz y de bien.

La sociedad moderna, extraviada, inútilmente busca la solución del problema social en gigantescos programas económicos, o en modernísimos y bien organizados ejércitos; la solución única—quieran o no quieran verla los estadistas—se encuentra en Cristo, en una modernización y adaptación del más puro franciscanismo. Inútil será buscar otro remedio, ya la frase Evangélica nos lo advierte: “Sin MI, nada podéis”.

El claro conocimiento y el profundo estudio de los problemas sociales que nos ha tocado vivir es indispensable adquirirlo, si se quiere hacer una labor fecunda; y además, en forma imperiosa, es indispensable

el lograr vivir una vida como la de Francisco de Asís. Estas serán las dos llaves que nos permitirán abrir las puertas de la victoria. Para lograr lo primero establecimiento de Círculos de Estudios sobre Cuestiones Sociales, Círculos de Capacitación; para lo segundo una vida espiritual intensa.

El manifiesto comunista nos sugiere además dos ideas que debemos recoger:

a)—La fuerza de una idea precisa, repetida continuamente sin desaliento durante cien años, ha venido a crear el gran poderío comunista que nos asombra hoy.

b)—Es indispensable trabajar tesoneramente por el mejoramiento material de las condiciones económicas en que se encuentra la clase proletaria y por su creciente vida religiosa; pues la experiencia nos enseña que el comunismo se desarrolla bien en una sociedad que vive en el olvido y en la miseria material, en una sociedad que carece de todo consuelo y auxilio espiritual.

El sistema racionalista y el materialismo dominante en nuestras sociedades modernas han hecho inconcebible, inaceptable el lenguaje de lo sobrenatural. Por eso hoy la fe es palabra vana, el amor no tiene sentido y la justicia carece de contenido vital, por eso el hombre de hoy, dueño de la máquina maravillosa y de los inventos fantásticos, ha tratado de eliminar la idea de lo infinito, y expulsó a Cristo de su casa, de su vida, y de la sociedad, queriendo centralizar todo el Universo en su persona. La exaltación desenfrenada del valor del hombre, arrastró necesariamente a la sociedad a la negación de Dios; y cuando esto acontece, los grandes cataclismos sociales se presentan.

Francisco de Asís, por lo tanto, frente al revolucionario comunismo marxista nos trae el orden perdido, lo que logra poniendo en el centro del Universo físico a Dios; y entonces, todo ser humano sentirá ser un glorificador de Dios y al mismo tiempo un servidor fraternal de todos los hombres, sin mirar en ellos distinción de clase, de sangre o de bandera; y nos trae también, para vencer el odio y la lucha de clases, la más elocuente y hermosa lección de la caridad y de la justicia devolviendo así a las masas la "esperanza" que hoy han casi perdido.

Y en esta dura prueba, finalmente, han de salir triunfantes los pueblos que sean de Dios y estos pueblos se salvarán (recordemos la promesa de la Santísima Virgen en sus apariciones de Fátima) no por las armas, ni por la violencia, ni por la acción electoral ni por la fuerza entronizada, sino por la eficaz acción de un puñado de hombres que tengan heroísmo al igual que San Francisco de Asís, para hacerse buenos, limpios y santos, transmitiendo hacia afuera, en el campo fecundo del apostolado social-cristiano, la exuberancia de su vida interior, prometiendo el cielo a los triunfadores. Y el mundo será entonces más hermoso, y la vida más justa, y cada persona humana vivirá de pie y libre, en una tierra sin asperezas.

NOTA: El Prof. Ing. Antonio Santacruz es Ingeniero Químico que ejerce su profesión como Consultor y es Profesor de la Universidad Nacional de México. Además es Presidente de la Confederación Nacional de las Congregaciones Marianas de México y es Consejero de la Federación Mundial de Congregaciones Marianas.